



invierno

suplemento
de BLANCO Y NEGRO
Nº 8

Café invernral

CUANDO el café llega a su estado apoteósico—la palabra más chula del léxico—es cuando viene el invierno.

El café ya no tiene que ver nada con la calle y hasta se esmerilan sus cristales para que nadie pueda ver lo que pasa dentro.

Muchas veces el café no tiene calefacción, pero la saca de debajo de los asientos y va aumentando según avanza el café en el viaje del día, como esas calefacciones de los trenes que prosperan según el tren se entona con la velocidad y va avanzando kilómetros.

De lo que más se defiende el café es de tener calefacción por radiador, pues prefiere, antes de eso, tener calefacción por tubo, es decir, calefacción gracias a la larga chimenea llena de codos—codos con reuma—que conduce el humo del "chubeski" a la campana general.

Cuando incurre en calefacción por radiadores, muchas veces son un engaño y por encubrirlo el dueño llega a intentar un cuarteto musical que dará al café calefacción de concierto.

Hablo de los cafés que no están en el ángulo radial de la ciudad, pues esos son, más que cafés, grandes "halls" de hotel, parlamentarios y senatoriales.

Al café de invierno vamos buscando el calor humano, en tertulia con nuestro propio calor.

Si sentimos frío en los pies, para eso está el limpiabotas, que les da calor al dejarlos relucientes. El limpiabotas español es de los que ponen palas y medias sueltas al calzado que lustran.

Las luces tienen un temblor íntimo, un pensamiento distraído que no tienen en los despachos o las salas.

Los espejos contienen el polo, pero como nos separan de él con su cristal, nos podemos sonreír de sus carámbanos lejanos.

Hay gentes que se han venido al café huyendo de las luces amarillas y de las pantallas irresistibles de su casa. Están en una especie de salón de conferencias en que dan café con leche.

—¿Es de cabra?—pregunta el que no quiere tener una de esas fiebres persistentes que marcan las siete de la tarde en el reloj termométrico.

—No... Es de vaca—contesta el escanciadador orgulloso.

Ahora en estos cafés silentes que van muriendo, que van a morir, hay ese cambio de leches porque es más barata la de cabra.

—Te digo que no es de vaca—dice la mujer, siempre un poco supersticiosa.

Al final queda intacto el café con leche de la dama, y mañana faltarán dos parroquianos, que habrían sido asiduos durante algún tiempo.

Nosotros amamos estos cafés que no tienen mucha gente y que cada vez abundan menos.

Antaño todo vivía con opción a la soledad, a remansarse en recodos silenciosos y recoletos. Ahora, en cambio, parece que es inadmisibile la soledad y que todo conspira contra ella.

Encontrar un café solitario es cada vez más imposible y el lujo de la soledad no le es permitido al hombre más que en el resguardo de su chiribitil.

Antes había muchos cafés en que durante muchas horas del día y de la noche sólo estaban el dueño y su gato. El café, sin embargo, vivía, quizá porque no sentía tantos apremios de fuera. Parecía sostenerse gracias a un recuelo antiguo que volcía a aderezar el dueño valiéndose de una alquimia personal.

Debimos sospechar que esos cafés camposantos debían cerrarse algún día, precisamente por estar tan solos, pero no se nos ocurrió sospecharlo. Encontrábamnos muy cómodo y ocurrente que aquellos cafés estuviesen abiertos para que nosotros nos sentásemos en sus divanes las horas muertas escribiendo "Las memorias del siglo".

Aun quedan algunos de esos cafés supervivientes, pero para llegar a ellos hay que hacer largos caminos y mirar mucho la brújula para orientarse bien.

Tienen embotellado calor del verano pasado, quizá dentro de los sifones hipócritas. Sobre el gabán y la bufanda.

El camarero sonríe satisfecho al ver que "se confía" en el calor del salón y nos varía el agua en cuanto llegamos, como si fuese agua de jaula en la que bebió otro pájaro.

Lo peor que se puede decir de un café es "aquí hace frío", porque entonces nos saldrán sabañones. O se cree en él, o si no se cree, no se debe trascender su puerta.

En un café nunca hay viento. No cabecean en él los árboles de los espejos. ¿No es eso suficiente?



¿Que el mármol de la mesa está frío? En seguida viene el café caliente y se celebra una especie de endosmosis a través del vaso y platillo, y en el mármol comienza a sentirse un calor humano de carpeta ideal para escribir frases lapidarias.

En los divanes anidan las almas eléctricas de los gatos, cuyos ojos relucen en las tachuelas que unen el terciopelo a la cornisa.

En la calle bullen las Pascuas frías del tiempo, pero los visillos corridos defienden de que se asomen al café para atisbarnos a los que estamos dentro.

Parecemos poseer, sentados en el café, una bula o cédula para defender la hora de las malas asechanzas del tiempo gélido.

La evocación está en el recinto cafeteril y la oímos recitar sus nostalgias y añoranzas. Escoge retazos de la memoria y los lee en voz alta. Tiene la figura siempre de una de aquellas lámparas que representaban una musa con tónica que levantaba a pulso un ramo de bombillas encendidas.

Cuando ya estábamos un poco olvidados del socorro que estábamos recibiendo en el café, entra alguien que nos recuerda el encanto de su recepción. Se desemboza y recoge su capa, como si cerrase un paraguas mojado. Por su gesto, se ve "el frío que hace fuera".

Los coros se van formando. Todos somos racionistas de la comedia de la tarde.

Por eso es importante el poeta en el café, porque es el autor de esa comedia.

El poeta está inscrito en el café como su fundador honorario. Se le entrecé en el rincón principal de los divanes.

Lleva sombrero de copa puesto o se lo ha quitado un rato, dejándolo sobre la mesa.

Parece un retrato antiguo de esos que miran a todos lados, cruzándonos con su mirada desde cualquier ángulo.

Todos los que hay en el café, quíeránlo o no, son "sus personajes". El salvó a otros contertulios que desaparecieron y él volverá a salvar a los que quedan.

Las gentes más humildes que han entrado en el café cuentan con esa presencia invisible.

El poeta comediógrafo pasa revista y a veces, como quien pone falta en la lista, escribe al margen del nombre que no responde: "pulmonía".

Así, cuando hay una tertulia literaria, las gentes del café no se espantan. Cuentan con que el café es asilo efectivo de la literatura.

El literato no puede gritar más que en los cafés, pues hasta cuando llega a la Academia, su voz tiene que ser baja y comedida.

Todos oyen sin sobresalto las voces de la tertulia. —¡Me molestan los genios! No hay peor cuña que la de la propia madera.

—¡Sobre todo si es de alcornoque!

Ni la palabra "genio" ni la palabra "alcornoque" han perturbado a los que escuchan. En un café se pueden oír mayores cosas.

—¡No digan cosas espeluznantes!—dice el que pone en razón a los demás por medio de una paradoja inusitada.

Todos ríen. La cuestión se ha arreglado.

El de "me molestan los genios" dice aún al del "alcornoque".

—¡Es usted un "pórfido"! Ese pórfido, dicho con disimulo bajo la transformante chulería de "pórfido", acaba la cuestión.

La noche se embravece fuera, sin que nadie haga caso de sus pasquines pegados en las paredes.

El café dicta su sensatez superior, su punto final decisivo.

Se ha estado en vela para poder dictar la sentencia del día. El día de hoy queda concluso y juzgado.

Los últimos escribanos se levantan. El "última hora" del café ha cerrado el día. Podrá suceder otra cosa mañana, pero el hoy está completamente visto y agotado.

—Hasta mañana, Pepe—dice el último asistente.

—Hasta mañana.

En el mostrador los billetes están debajo de los duros, como bajo sus dignos pisapapeles.

El apéndice al diccionario de la vida cierra sus páginas.

El que se va a casa está tranquilo de haber vivido la historia contemporánea hasta su último atisbo.

Embozado, conservando aún vaho de café entre bufanda y nariz o entre embozo y nariz, el hombre que ha estado en el último café se va a casa con el mundo agotado.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

Ayuntamiento de Madrid

Diálogos de aroma invernal

La ciudad, dorada de tiempo que resonó de Cortes y Concilios, cabe en la palma de la mano. El río que le bautiza los hijos le ciñe dulcemente por la cintura. La ciudad tiene un colegio Mayor que rezuma aún, latín de decretales y pandectas. El Patronato Nacional de Turismo ha cuajado en ella el aroma de siglos, más denso que el de sus jardines. El viajero que la visita con nosotros es romano y da al César lo que es del César, aunque primero a Dios lo que es de Dios. Viajero decimos y no turista, ya que es él quien adelanta la advertencia durante el diálogo. Su mujer nos aguarda en el albergue, junto a una gran chimenea, que ha tragado leño a leño muchas leguas de bosque. La dama es de tierra boreal, y en sus ojos el azul es de un alcohol casi volátil. Hénos ya sentados a los tres, seguros de que el hostelero, mientras nos escancia vino, cuidará de que fuera zumbe el cierzo convenientemente.

—Para mí—nos dice el viajero—, el primer turista del siglo XIX es Chateaubriand, a quien se le deslía el hastío en el paisaje de cada día. Em prende el viaje a Italia en un potro que la Providencia le ha enjaezado y le ha metido perezosamente entre las piernas. Este viajero no es sino el cazador que espera a que el azar le acerque a la escopeta la zorda ya aderezada y con el salero en el pico. El vizconde sale de Nápoles por la puerta del Posilipo y reprime al bruto en la tumba virgiliana. Llega a Pozzoli y ve el templo de Serapis, que se desmoronaba ya hace catorce siglos. Sin parar en Montenovo, se detiene en Lucrino a probar las ostras del lago, las de sabor más agudo en la vieja Roma, y a las que debió Calígula su cuarta papada. Continúa hasta Resina y emprende desde allí la ascensión al Vesubio. A medio camino, en "La Ermita", bebe el "Lacrima Christi" de la casa y escribe en el álbum su frase: "Esta es la hospitalidad cristiana en una celda, al pie de un volcán y en medio de la borrasca". El hastío es la boca del lobo que acecha al escritor desde 1800 a 1860. El monte de fuego amansa lo que en Chateaubriand ve abrirse a su lado. Pero pasan cien años y un fascista milanés lee en el álbum las firmas de la era romántica: Goethe, Alfieri, la Malibran, Byron, Rosales,

pide a la Italia de la que un marqués del siglo XVII elogió la frialdad esquiva de su primer semblante.

Hemos visto en una casa doctísima de Madrid un cartel en el que un "bambino" que va sobre un delfín tocando la cornamusá, llama a los turistas de las cuatro estaciones. Se sabe dónde empieza el turismo, nunca donde acaba. Una ciudad, llámese Florencia, Toledo o El Cairo, no entregará su secreto sino al que se ponga a vivir y a envejecer entre sus piedras. Es duro, quizás, pero la vida, a Dios gracias, no es un parque de atracciones.

Breve silencio. La dama mima los troncos de la chimenea, en la que canta ya un gran pájaro de fuego.

—Es cierto—contestamos—, y en cuanto a España, es la nación de númenes más inapresables. Ella, según un hispanófilo, es doctrina hermética, es cante "jondo", cuya cadencia no captará del Pirineo para allá nadie. Pero justamente por eso debe el turismo atraer miles y miles de viajeros hacia la nación problemática. El nacionalismo español no puede ser angosto, porque aquí la tierra conforma al hombre y acentúa su genio mucho más que la raza, "que es entidad más que barro", como estudiando a un cordobés del Islam y a un malagueño de Israel ha sostenido un arabista. La tierra imprime aquí españolidad arquetípica a extranjeros como a Carlos V, a Colón, al Greco, a Filiberto de Saboya o a Spínola, y a otros cien que caracterizan la originalidad del genio ibérico. Es una de las paradojas más nobles que España enseña a sus hijos y no oculta a sus viajeros de buena fe...

Otro silencio. La dama ve que en la ciudad que resonó de Cortes y de Concilios hay un albergue, y en el albergue, una gran chimenea que ha tragado leño a leño muchas leguas de bosque, y pide, y hace bien, imaginaciones de invierno, medio de romance, medio de facecia o de cuento bufo.

—He aprendido—nos refiere—una copla del "Cancionero anónimo de España", que empieza:

Por una vez que los ojos alcé
dicen que yo le maté.

Al fuego le van historias así, entre terribles y disparatadas.

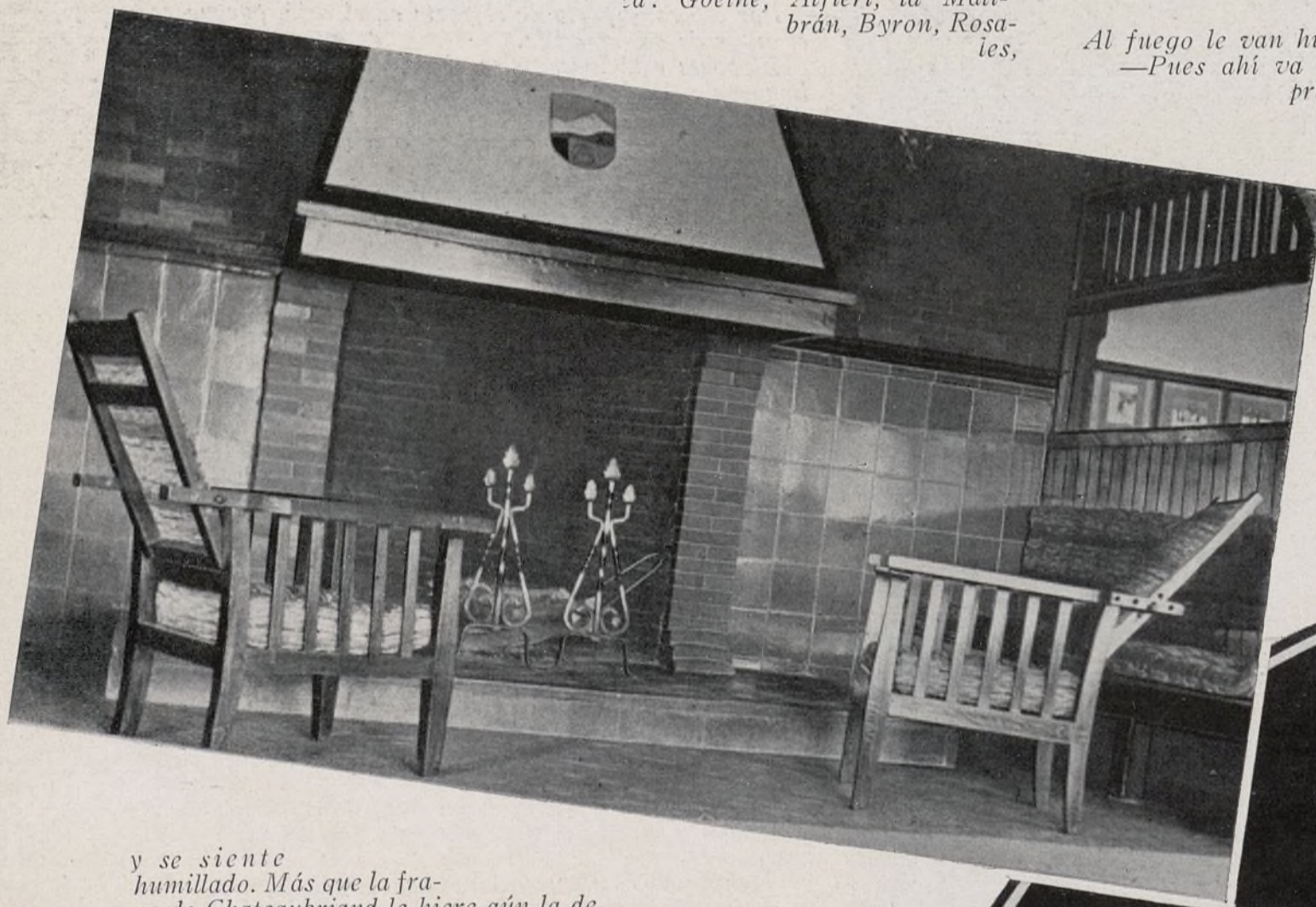
—Pues ahí va una—prometemos—. Usted, señora, dé a la lumbre proporciones de incendio. El viento del Norte, ahí fuera,

silbará sus arias como un virtuoso.

Contaré cómo un cazador fué muerto por un oso que bajaba los inviernos de los montes de Santander a postular a la estación de Reinosa con un gran pandero entre los dientes. Había el oso nacido, probablemente, el día de Santa Ursula...

—¡Ah! Ese sí va a ser un cuento de aroma invernal—nos interrumpe la dama. Y la leña crepita en estallidos gozosos.

PEDRO MOURLANE MICHELENA



y se siente humillado. Más que la frase de Chateaubriand le hiere aún la de Byron: "¡Quien ame, venga". Han ido muchos a colgar sus lunas de miel bajo el cielo de Italia sobre volcanes, grandes lagos o ruinas a toda orquesta. Van a Roma no en "ritorno o canticco" ni en romería, o sea en expiación de culpas. Ven romanos como ven tirolese en Innsbruck. Del foro o del arco de Tito no reciben más honor que de la casa de Cobre. Nadie, según aquel que bajó al infierno el Viernes Santo de 1300, ultraja tanto como quien confunde.

Nos dolemos ahora en Italia de ese fervor igualitario del turista. Conviene acaso a nuestra grandeza el aislamiento propicio a la meditación. Dueños de nuestro hogar el "cicerone" trilingüe que pastorea visitantes, nos perturba.

En un santuario de Sicilia se lee la imprecación con que había que saludarles, "pues entras extranjero repurificarte". El viajero, de estirpe stendhaliana, no menos que los otros, son indeseables en el atrio político. Desde los días que el escritor de "Rojo y Negro" amaba en los fuegos artificiales de Frascati con música de Cimarosa, ha corrido mucha agua por los puentes del Tiber. El fascismo se viste de negro y la camisa negra es o quiere serlo solemne como una toga.

Los italianos trabajan silenciosamente igual que un ejército en vísperas de una batalla. Están rodeados de enemigos y lo saben. Si hay una música que mancha de miel la oreja hay una pintura que se pega a toda prisa al ojo. Esa es la dulzura que el extranjero no purificado le



Ayuntamiento de Madrid



Nieve en Castilla

La tierra y cielo desnudos
viven de su claridad;
tierra y cielo sin fronteras
la vista hacen caminar.
La blancura roba soles
para en la nieve enterrar;
el aire busca esqueletos
donde poder descansar.
Frío, el mediodía claro
sueña el verano solar.
¡Ay, cómo corre aterido,
buscando la mar, el río!

Toda es senda la blancura;
sin mojones, sin cantar.
El aire la pliega exacta
en su nostalgia lunar.
No hay diálogo entre las cosas;
murió la diversidad;
laberinto blando y blanco
se tiende en la inmensidad,
multiplicando banderas
blancas sin cruz ni señal.
Tan sólo bulle, atrevido,
entre los hielos, el río.

Jose María ALFARO.

El faro en la noche invernal

ANTIGUAMENTE, cuando llegaba el invierno, los Ejércitos en guerra suspendían las operaciones y se retraían en sus cuarteles y campamentos hasta que volviera la estación propicia. A ningún general prudente se le ocurría que se pudiera efectuar una campaña útil estando las tierras anegadas o batidas por los hielos y los huracanes. Pero en la moderna campaña de la civilización no se suspenden nunca las operaciones. Los Ejércitos de la cultura siguen en pie de guerra durante el invierno, y es acaso en la estación invernal cuando la sociedad exige mayor esfuerzo a sus soldados, porque es también cuando las ciudades reclaman un aumento de "confort" y de defensa.

Es cuando las ciudades viven más intensamente la vida de la inteligencia creadora, del trabajo fecundo; cuando las Universidades y los laboratorios, los gabinetes de estudio y las bibliotecas se hallan en su período de mayor actividad. Y es también cuando se activa la vida social, y las diversiones, los espectáculos, los placeres, el lujo. No; no pueden descansar durante el invierno los soldados de ese Ejército universal que lucha por las victorias de la civilización. Más allá de las grandes avenidas asfaltadas, lejos de la molición y el júbilo de la organización ur-

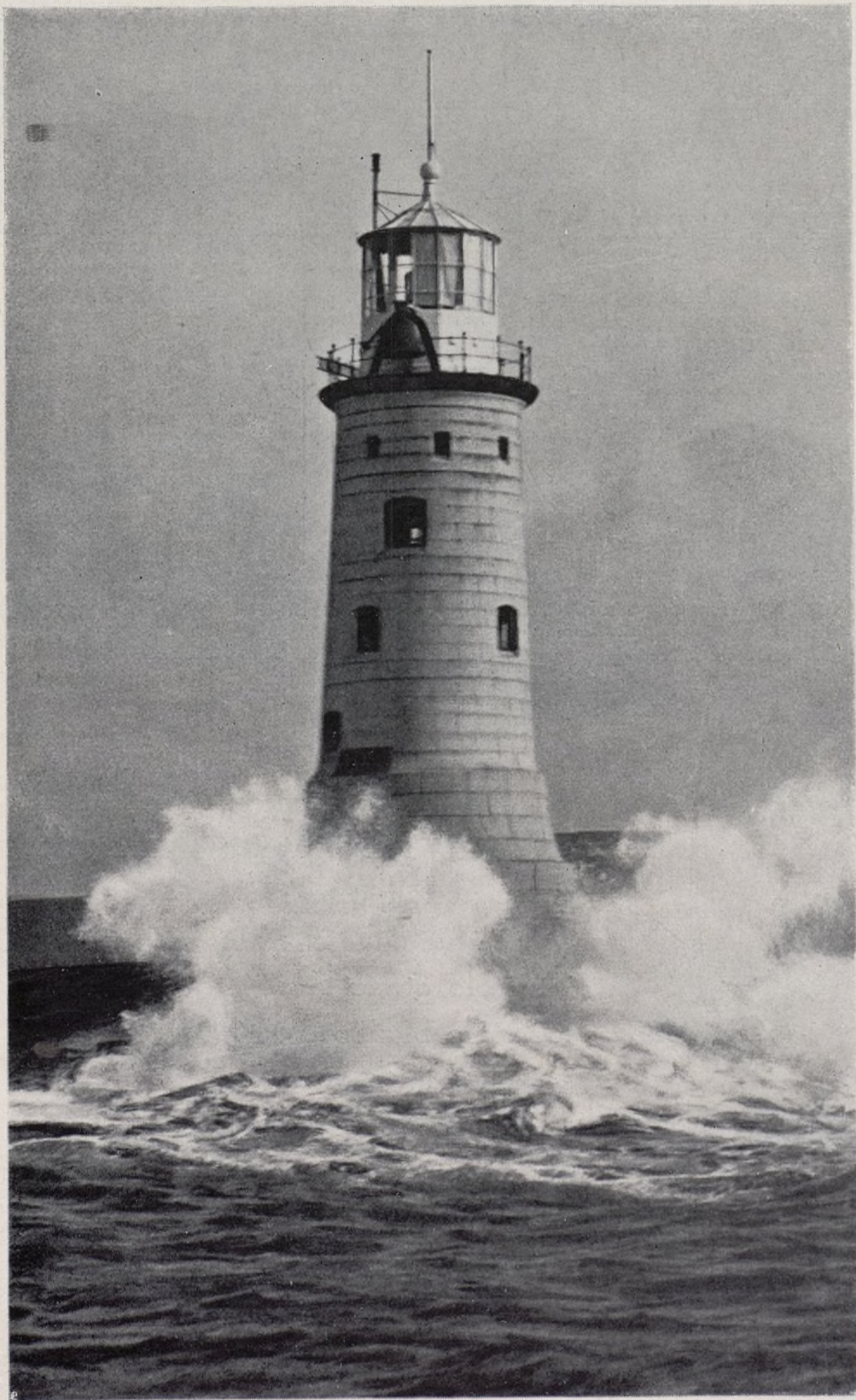
bana, en la soledad y la intemperie, siguen haciendo su deber el minero en su galería, el maquinista en la vertiginosa locomotora, el piloto en el puente de su barco, el torrero junto a la lámpara del faro que lanza destellos despavoridos sobre la temerosa inmensidad de la noche.

Cogido a la rueda, con las dos manos ateridas, el timonel aguanta los bandazos del buque y se mantiene firme ante los ultrajes del viento y la lluvia, que azotan su rostro; escucha el crujido de los mástiles, que parece van a troncharse en la peripecia de los balanceos a contratiempo, y mira cómo las olas barren la cubierta y envuelven y sacuden sus propios pies. ¡Listo a la voz de mando! El piloto, entre tanto, vigila dentro de la caseta del puente. Tiene delante la carta marina y todas las observaciones y rectificaciones en regla; el maquinista, allá en lo hondo del buque, recibe órdenes, y todo marcha a punto en medio de la noche y de la gruesa mar. Van en busca del puerto. Sólo falta la última y decisiva comprobación; sólo esperan que en la masa sombría alumbre una luz, un chispazo fugaz, un guiño de inteligencia y de señal convenida: el destello del faro. El faro tiene que estar allí, detrás de esa masa de sombra, supremo vigía que se adelanta en la punta del promontorio como el providencial intermediario entre la tierra y el mar; como la mano prudente y generosa que se tiende al afligido y desorientado navegante para traerlo al refugio de la ensenada o de la dársena. Mientras no brille ese chispazo en la terrible noche cerrada, el piloto no se sentirá tranquilo; a pesar de todas las observaciones y cálculos de ruta, sentirá como si se encontrase perdido en la inmensidad dudosa. De pronto, allí ha guiñado el faro. El piloto se pone en movimiento. Da órdenes para corregir y precisar el rumbo. ¡Alerta, timonel! ¡Atención en las máquinas...! La luz mientras tanto se hace cada vez más viva, más inteligible y expresivos los guiños, y el buque, como fascinado, obedece a aquella luz y marcha hacia ella derechamente, hasta quedarse inmóvil y como estupefacto en la paz del puerto.

¡Ese es el que no puede flaquear! El centinela ese que está montando la guardia en el baluarte más avanzado; el torrero del faro. Se le ha confiado la misión más responsable, el puesto más comprometido en la gran lucha que mantiene la Humanidad organizada contra la Naturaleza. Es el encargado de sostener en alto la lámpara que guía y alecciona a los navegantes; la luz ilustradora y protectora que asesta sus destellos precisos, matemáticos, sobre el caos nocturno, y que vence e inutiliza a las fuerzas agresivas que acumulan sus traiciones en el fondo de los océanos. En las serenas noches estivales, cuando el mar murmura en la playa sus hipócritas canciones, el faro encuentra en el cielo una benigna colaboración; la luna vierte sus divinos reflejos en la mansedumbre del mar, y las estrellas semejan a su vez que son faros proyectados hacia el misterio del infinito. Pero en el invierno todas las simulaciones desaparecen. Entonces se revela el verdadero secreto, eterno y universal: la lucha entre el hombre y la Naturaleza. Y entonces el faro es cuando se yergue con mayor valentía, frente a los huracanes y las nevadas, ante los cielos anubarrados y las largas noches sombrías, sintiendo el furioso azote de las olas contra las rocas y las escolleras.

Parece un extraño personaje encaramado sobre los peñascos; desde lejos, en los claros de la tormenta, se ve su alta y afilada figura levantarse como un ser medio fantástico que desafía a las oscuras potencias del mar. Desde cerca, a pesar del bramido del huracán, se le siente latir con ritmo acompasado; la máquina de relojería zumba dentro de la torre como el infatigable latido de un corazón. Y su alma no se duerme nunca. El alma del faro es el torrero, que vigila la maquinaria; que asiste, paciente y alerta, detrás de los cristales de aumento, al espectáculo dramático de la noche atormentada. Los cristales aumentativos giran lentamente, ofreciendo una visión desorbitada, irreal, del panorama nocturno, como una tentación a la alucinación. Pero ese hombre sabe que no tiene derecho a alucinarse. La suerte de los marineros que van tanteando por los borrosos caminos del mar, depende de él. A él le han puesto de centinela en el baluarte de mayor riesgo, le han encomendado la lámpara que guía y protege, y no puede desfallecer. Humilde como un anónimo soldado. Oscuro funcionario de quien nadie se acuerda. Y es, sin embargo, el ojo enormemente despierto con que la providencia de la civilización guarda y salva a todos los que bregan entre los terrores de la nocturna tragedia.

José M.^a SALAVERRIA





DEL MUSEO DEL PRADO. (REPRODUCCIÓN DEL PROF. EUG. NORMAN)

Pais nevado

Copia de
Brueghel el Viejo
por
Brueghel el Joven



LA REINA DE LA MODA

Los ríos de 1900

EL primer invierno del siglo! Todavía se liquidaba la pérdida de las colonias españolas y aún amarilleaban en las aldeas, como membrillos, los últimos repatriados. Se nos antoja que fué un invierno espectral, que daba mucho frío. El alma de rayadillo estaba dolorida.

Mientras nuestros dibujantes y pintores se entregaban al costumbrismo por gerundios—"Esperando al tranvía", "Saliendo del taller", "Mirando el escaparate", "Comprando castañas"—, el mundo entero se entusiasmaba con los boers, que defendían su Transvaal y sus diamantes, con "winchesters" y sotabarba. Los caricaturistas franceses inventaron una Reina Victoria bajita, gorda, con pico de ave de presa, que llenaba

la tierra de perfidias. Un gran imperio parecía ridiculizado por aquella pequeña tropa de granjeros de origen holandés. La Gran Bretaña cambiaba sus mandos militares: lord Roberts era nombrado generalísimo, y lord Kitchener se encargaba del Estado Mayor. Este había dorado su espada en la India. Las tropas inglesas, con salacó, declamaban poemas de Ruyard Kipling al zarpar de Southampton, negro entre brumas.

Nosotros teníamos al cesante como tema divertido. Su hambre hacía reír a las gentes desde los escenarios. El cesante se embelesaba frente a las suculencias de Lhardy y tenía la precaución de defender su garganta de la finura glacial del Guadarrama, con la solapa de los sin-abrigo. Villaverde demostraba su genio de hacendista llenando la corte de sombreros de copa rotos y de desaliños. Los cesantes del gran malabarista de presupuestos fueron llamados "los boers", porque se les dejaba solos "frente a los ingleses". Esto era muy chistoso. El no comer seguía siendo una gracia. No comieron a su gusto nunca los que utilizaron el hambre en la novela picaresca; seguían sin comer, aproximadamente, los que la llevaron al juguete cómico. Los cuentos de hadas se hacían, en el invierno de 1900, a base de la aparición mágica de un "cocidito".

Ser madrileño aquel invierno era bastante difícil. Un cronista de la época se mostraba exigente y no concedía el "pedigree" anhelado sin condiciones severas.

Por ejemplo:

"El que no ha comido callos, no ha bebido Valdepeñas y no ha bailado una habanera de organillo en las Ventas, ése, aunque esté bautizado en la misma parroquia de las Pulgas, ése no es madrileño."

También había que ir a la "última" de Apolo y entender un poco de sicalipsis. Empezaron en aquel invierno los años en que los caballeros las preferían gordas—tener sal, entonces, era exagerar opulencias—, y se hicieron pronósticos de escepticismo ante el porvenir teatral de una jovencita delgada y hermana de Elena Fons, que había descubierto una picardía sin charcutería, fundando la dinastía de "las intencionadas".

Al estreno de "El patio", de los hermanos Quintero, en el teatro Lara, se fué con aquellos abriguitos cortos, color arena, para montar a caballo, que dejaban a la intemperie el faldón del frac.

El género chico se hacía oportunista las más de las veces; y el comienzo de una nueva era se satirizaba en "El galope de los siglos", que ofrecía el teatro Apolo al noctambulismo de Fornos, Puerta del Sol y calle de Alcalá, gracias a Sinesio Delgado.

Los artistas buscaban la personalidad en sus barbas. La mandíbula de Mariano Benlliure tuvo la audacia de ofrecerse limpia a la admiración de las gentes, no sin que la vegetación limitrofe demostrase que se trataba de un capricho y no de una vergonzosa



EL "COUPLET" EN EL INVIERNO DEL 000



LA CASA MODERNISTA



ROSARIO PINO Y EMILIO THUILLER EN "FEDORA"

falta de elementos capilares de adorno. El poeta Vicente Medina inventaba el aragonesismo de Murcia.

Cutanda saludaba al siglo del progreso con sus lienzos de altos hornos, y de locomotoras, y de obreros bilbaínos, desnudo el torso, cubierto el cráneo con una boina inmensa, "vulcanizada" la actitud...

Bailes versallescos en casa de la Squilache. El optimismo de creer que había entrado la perversión mundana en nuestra aristocracia y hasta que el joven Marcel Prevost quedaría escandalizado en Madrid.

El berberisco Vicente Blasco Ibáñez se hacía, en Valencia, espolique de doña Emilia Pardo Bazán.

En la Prensa ilustrada, una tímida fotografía de D. Santiago Alba, secretario permanente de las Cámaras de Comercio y redactor de "El Norte de Castilla", que se revelaba vallisoletanamente como "orador de mucho porvenir".

El "sport" era un balbuceo. Entraba el fútbol en España por las "campas" de Bilbao y de Vigo y por los solares de Barcelona. Todavía las crónicas de los partidos estaban encomendadas a los cronistas sociales, que publicaban una relación de las damas que habían puesto "la nota de distinción" en la refriega y "otras que sentimos no recordar".

La pasión de aquel invierno fué el "taf-taf". El automóvil resultaba carísimo, el "chauffeur" tenía que ser francés y no se podía llegar a La Granja sin veinte mil reales de pellejo de oso.

El dirigible era lo diabólico en la conquista del aire, y la esgrima tenía la distinción que puede tener hoy el polo; los asaltos a florete entre Kirschoffer y Mimiagne, en el Círculo Militar de Madrid, fueron memorables.

Algunos jóvenes audaces seguían en bicicleta el "landean" de la amada, Castellana arriba.

Se dice que una dama fumó en público; pero esto no se ha llegado nunca a comprobar.

Iba a ser el año del esplendor, con la Exposición de París. Todo tenía que ser esplendoroso. El traje de la mujer. El estilo. La escultura. La decoración. La oratoria. El vino.

El vino era el champán. Cuando una señorita decretaba su satanismo, se subía en la mesa de un restaurante de noche y gritaba: "¡Champán, champán, viva el amor!" Esto parece que enloquecía a los senadores.

España se extranjerizaba por arriba. Nadie hubiera tolerado un Méndez o un Robledillo en el programa del Circo Parish. Un "icario" que no viniera de Londres era imposible. La domadora de focas tenía que ser noruega, por lo menos. Gracias al poliglótismo de la gente de pista, los artistas españoles se defendían; eran las Hermanas Sisters o los Hermanos Frères.

La voz sí podía ser española. Se creía bastante en que Lohengrin no debía utilizar su cisne sin haber sido antes un vigoroso herrero vasco. Constantino, por ejemplo, tenía estos antecedentes, y triunfó aquel invierno.

Fué un terrible invierno.

Las madres pretendían echarnos a la calle, a los chicos, disfrazándonos de "Juanito". Con sombrerito hongo y todo.

Por fortuna, nuestros "ancianos padres", con la serena experiencia de sus veintiocho o treinta años, comprendieron, por último, nuestra rebeldía y el crimen no se consumó en muchos casos.

Al fin y al cabo, para llenarnos de tristeza tampoco estaba mal la gorra del "Acorazado Pelayo" con sus dos cintas que nos perseguían como una golondrina cuando jugábamos al aro, en un parque desnudo y lleno de gorriones.

J. MIQUELARENA

"LA FIESTA DEL MINUÉ"
EN EL PALACIO DE LAMAR-
QUESA DE ESQUILACHE



atinadores
por
Droochsloot



DEL MUSEO DEL PRADO. (REPRODUCCIÓN DEL PROF. EUG. NORMAN)

Ayuntamiento de Madrid



Madridama

El deporte de nieve en España

He aquí un enunciado que sintetiza uno de nuestros privilegios naturales, no obstante su condición de país meridional. España comprende un territorio eminentemente montañoso, el segundo de Europa después de Suiza, y por ello hasta sus llanuras, la castellana, por ejemplo, tienen respetables altitudes sobre el nivel del mar.

Tal circunstancia ventajosa hace de nuestro suelo un lugar magnífico para cuanto significa prácticas de montaña, pues brinda a los aficionados toda suerte de incidencias apetecibles, como picos ingentes que se elevan a cerca de los cuatro mil metros, desafiando al trepador, y pistas de nieve maravillosas, como las más renombradas que existen, superiores éstas tan sólo a las nuestras, que solamente tuvieron hasta ahora el esfuerzo particular.

Esas pistas, ubicadas en sitios esplendrosos, tienen su acceso facilitado por trenes eléctricos, funiculares, carreteras de estrategia de alto bordo, entre ellas la de mayor elevación continental, y desde la temporada presente "cables sin fin" para el acarreo de esquiadores que llevan sus esquís calzados. Renimios, pues, para conseguir una atracción deportiva in-



vernal que nutra de elementos mundiales nuestras montañas, para lo que, entre otros extremos de la labor oficial que se precisa, está la urgentísima de decretar una tónica de coste locomotivo muy inferior a la que existe, que, de verdad, raya en lo incomprensible.

De todas nuestras pistas de esquí, estupendas, como queda consignado, tienen, sin duda, una mayor popularidad, y por ello concurrencia inusitada, las de la sierra madrileña, el simpático Guadarrama, macizo carpetano sencillo y viejo, que en una extensión de unos doscientos kilómetros lineales, resume las características de todo el suelo hispano en su pródiga variedad. Igual nos muestran las descarnadas regiones pedriceras, horras de vegetación, con cantiles y moles imponentes que causan admiración por su morfología y faldespantos curiosos, que el paisaje contrapuesto de los bosques apretados y laberínticos, difíciles de atravesar por los que, faltos de entrenamiento, no sepan discurrir por estos parajes difíciles, carentes de puntos de referencia. No le faltan, tampoco, cumbres de cierta altitud, 2.430 metros sobre el nivel del mar, en las que está vinculado un grande interés científico por sus lagunas glaciares, yacimientos morrénicos y hasta vestigios de dólmenes que se atribuyen a la época de los druidas, según investigaciones recientes y discutidas.

Todos esos aspectos curiosos y de importancia de nuestra cercana serranía quedan transmutados durante la invernada, unificados y ocultos por la alba vestidura con que se adorna la montaña, convirtiendo en zonas deportivas, campo propicio para el esquiador, hasta sus más apartados rincones.

Las de Guarramas, Maliciosa, Valdemartín, Collado Ventoso, Tirobarra, Mujer Muerta, Marichiva y Peñáguila son puntos adecuados para deslizamientos de alguna violencia. Las de Siete Revueltas, Cotos, Camino Schmid, Navalusilla, Carretera de La Granja y Calzada Romana, los mejores lugares para los que buscan explanaciones cómodas y de mayor suavidad.

Durante las épocas de máxima acumulación del primer elemento, marzo en general, aprovechadas por nuestros Clubs para celebrar los campeonatos de mayor envergadura, los de España de este año, las nieves alcanzan proporciones estimables, llegando a borrar las carreteras y cubriendo los postes del telégrafo, que desaparecen como por encanto sumidos en la blanca profundidad. Años hubo en que lo mismo sucedió con el refugio peñalaro de las Guarramillas, por cuya cima patinaron los esquiadores sin advertirlo siquiera, teniendo que ser duchos en orientaciones los que, en esas circunstancias, pretendan encontrar la puerta cavando en la nevada para poder utilizar los confortables servicios del inmueble. Un túnel verdadero hay que construir también para entrar en los grandes albergues del puerto de Navacerrada, y los paredones de los ventisqueros presentan bordes de auténtica grieta pirenaica.

La gentil esquiadora, nota de encanto en todo panorama, destaca el vigor policromo de su toaleta sobre el blanco del fondo y pasea su garbo por parajes de tipo suizo, como podría aparentar cualquier fotografía de la sierra madrileña, y, sin embargo, se trata de una región de Castilla, lugar de nieve a sólo cincuenta kilómetros del eje de la capital, donde el sol luce severo al propio tiempo, justificando nuestra calidad de país caluroso.

¡Qué no sería el turismo hispano organizando, como es factible, nuestros deportes serranos, teniendo el ejemplo de otros países que viven de sólo la buena administración de su patrimonio natural, sin tener, como nosotros, el segundo rango montañoso de Europa!

ARNALDO DE ESPAÑA



Ayuntamiento de Madrid

Efecto
de
tempestad
por
Duchet

Ayuntamiento de Madrid



DEL MUSEO DEL PRADO. (REPRODUCCIÓN DEL PROF. EUG. NORMAN)

EL VERANO EN CONSERVA

I

El Invierno, el escultor del agua, descendía de la región de los 4.000 metros, y al resollar en la atmósfera cuajaba en hielo el aire; con dedos de nubes recogía la nieve y la echaba a pelladas sobre la superficie de la Tierra para desfigurarla a su gusto; estrellaba los témpanos de la altura y, solidificando los ríos y las cascadas—immóviles por su magia—, creaba el Invierno deformes caprichos de agua sólida, superficies pétreas, masas colosales y temerosas, hilos colgantes cristalizados, falso oleaje que dejaba ver, en la transparencia de su curva, peces prensados de ojo sorprendido; cerraba la bóveda con una cúpula de noche, y quitadas las cadenas al "Aquilón", el perro furioso corría por el inmenso ámbito del frío, rasgado su aullar lúgubre entre las ramas secas, sacudiéndose feroces ventiscas de granizo.

Los hombres, ¿qué podían hacer para defenderse del Invierno, el escultor del agua? Al principio encendieron hogueras, arrimándose a la bondadosa deidad doméstica del fuego, que lame las manos y el rostro con la tibia mansedumbre de una vaca de establo lamiendo la bola de sal. Después inventaron un jugo que metía el ser del fuego en la sangre, y al salir los hombres fuera de sus cuevas o del cobijo de la choza para ir de caza por las ilimitadas estepas de sombra babeante, hundiéndose en crujientes escarchas, bebían del vino y les daba valor la llamarada que se encendía dentro. Más tarde absorbieron humo, inundándose los pulmones del aromático calor que se abrasaba en la cazoleta de la pipa. El Invierno era más poderoso que las débiles defensas. Esparcía de un manotón de aire las hogueras o las asfixiaba con el lentísimo suplicio de la lluvia fina; en los ojos y en las sienes, en los pies y en el estómago de los hombres, y en los dedos de sus manos, hincaba el serrucho de la helada y no bastaba el vino a neutralizar siquiera la parálisis y el dolor; el tabaco era una anémica ilusión de temperatura amigable y el Invierno se echaba a reír, con risa de ventolina, de aquella minúscula llaga roja que, en verdad, era pebetero, era homenaje que aromaba su grandeza.

El escultor del agua encerraba a los hombres, atemorizados, en sus cubiles, cuando asomaba la voz brumosa por los crestones de las montañas, cuyos árboles gemían. Ciega la vida, nadie osaba desafiar al Invierno. El mundo estaba inerte al esculpir él la impasibilidad en bultos informes de agua gélida; la que lloraba su perdido movimiento goteando lágrimas y lágrimas.

II

El Tiempo llegó. El Invierno reunía a bramidos un rebaño de nubes ovejunas. Le dijo:

—¡Tengo un enemigo, y me vence!

El Invierno dejó de bocinar asombrado. Aprovechándose, un guiño del sol transformó en bullones de nácar las panzas del rebaño.

—Sí; en la Tierra ha aparecido un elemento—confirmó el Tiempo tembloroso—que me destruye. Le llaman velocidad.

Ambos dioses fueron a ver al dios que aumentaba la Mitología. Alla, en la de la Tierra, rasgaba la línea de los caminos un insecto rapidísimo: cuatrocientos sesenta a la hora. Entre el nubarrón y el suelo, otro insecto rebasaba esa marca; setecientos veinte a la hora. El Tiempo, que se dormía al ver



caminar a los hombres, cronometrados a cuatro kilómetros, estaba suspenso en un éxtasis de pánico.

—¿Cómo habrá ocurrido?—se preguntaba el Invierno, soltando bocanadas de vapor densificado como azúcar.

—Los hombres tardan menos en hacerlo todo, y por ello multiplican la duración de su vida—El Tiempo, informado bien, sentenció con amargura, señalando hacia abajo:

—Han inventado lo Artificial. Nuestra época termina.

III

La llamaban Lula, por ser demasiado largo y hasta cursi llamarla lo que era su definición: libélula. Era tenue y temía que se quebrase por la cintura al inclinarse; era rubio postizo: reflejos en el pelo de lisuras de plata como las ancianas. Con los ojos negros acentuados a lápiz y sus diecisiete años de entreniña y entremujer, la cabellera cana y bruniada la hacía más infantil aún. Lula se estaba hundiendo el gorro de ante y se acercó al ventanal de doble vidrio.

—¡Puf, qué remolinazos!

Es que el Invierno estaba allí, frente al Hotel-Club montañoso, dispuesto a no dejarse vencer como al Tiempo le habían vencido. La libélula vio que el cielo y la cumbre desaparecieron y que sólo un hocico amoratado y amenazador reposaba sobre la cuesta inclinada. (Todos los árboles, pringosos de natillas de nieve.)

—¡Bravo, bravo!—palmoteó Lula.

Sus guantes; un muchachote, con cogote de "roastbeef", le calzó las dos manoplas y echó a cuestras los esquís de ella y los de él. La bolita de mercurio se encogía, queriendo desaparecer, en el termómetro de afuera.

—Dieciséis bajo cero.

Salieron. Era lo que el Invierno esperaba. En la puerta les escupió toda la cellisca.

—¡Bravo, bravo!—se le burló la esquiadora.

El mocetón la ajustó bien el antifaz de gafas y en un bolsillo de los pantalones la adolescente tocó un resorte. Las pilas eléctricas respondieron, aislando el cuerpecito de la libélula con una suave masa de calor.

Puestos en los dos raíles de los esquís se lanzaron al vacío. El Invierno, detrás; Lula corría, loca, y la dió de puñetazos de granizo, la sacudió con enormes sábanas de aire, recogió todo el calor irradiado para quitárselo a su corazón. El termómetro descendía: diecisiete, veinte, veintidós. Lula se presentaba de frente contra las ametralladoras del granizo, se oblicuaba al aire—tallo tan fino, que no podía derribarla—y pasaba un contacto tras otro del regulador de las pilas para aumentar la temperatura; en su cuerpo, constantes, veinte sobre cero.

Y lanzábase—abandonada como rama resbalando por impetuoso río— a hombros de la montaña, sobre los esquís, que escribían en la pureza de la nieve arabescos de burla.

—¡Machín!

Frenó junto a ella Machín y le pidió de beber.

—Estoy sofocada.

¡Estaba sofocada! El Invierno se dijo que entonces podría matarla, dejando dentro del juguete rubio un hálito mortal con la bebida, que estaría helada.

Machín desatornilló el tapón del termo y Lula bebió, con lengüecilla de gata, café caliente. El Invierno tronó, asordando las grutas invisibles de aire, donde el trueno se multiplica en ecos robustos.

—¡Vamos!—chilló aquella mariposa aforrada, fofa entre el amplio cuero relleno de lana; cuyas mejillas, lo único vulnerable, eran de carmín.

Sintieron los dos la sensación de desplomarse en la nada. El Invierno, volador también, en silencio opaco, desnucando sobre ellos aludes y surtidores de nieve. La débil dominante miró su pulsera, en la que cuchicheaban las horas.

—Volvamos. Hay que vestirse para la cena.

Con giro de baile cortó, rapidísima, un declive y trazando las amplias eses de ese vals de los esquiadores, remedió a la gaviota, que roza las

olas sucesivas con el pecho, zigzagueante patín del agua. Lula daba grititos de emoción al desplomarse y atacaba las cuestras arriba sesgando las laderas, rebasándolas con sus alas en los pies para caer, casi de bruces, al otro lado. Se burlaba del Invierno:

—¡A-ú! ¡Aaa-ú!—al remedar su aullido.

En el Hotel-Club montañoso estaban ya a esa media luz del atardecer, cuando aún se entrevé el marfil de la sonrisa por el reverbero de la nieve.

Lula, desarmada por su escudero, Machín, entró en el departamento de los niños, rebrillando los diamantes de agua en sus naricillas y sobre el ante de su traje hombruno. El Invierno, celoso de rabia, se ovilló para mirar, envuelto en chubascos contra una ventana.

¡Los niños estaban desnudos! La habitación era una playa artificial de arena de mediodía rebozada en la luz solar de las lámparas helioterápicas. Los chiquitines, sudorosos, llevaban gafas oscuras y el sol radiante les tostaba el cuerpecillo, mientras el aire de fuera, imaculado, filtrando, templado, sanificaba sus pulmones. Lula tomó en brazos, a la orilla de aquella playa sin caracoleos de espuma, a la hermanita aún impesante, aún más plateada que ella, y la dió el beso de antes de ir a dormir, mientras el pichón de niña tocaba con su manezuela, mojándosela, la chaqueta de esquiar, balbuceando vocales.

A poco, Lula entraba en el comedor, todo él movible en ese juego de dominó que son los hombres de frac; todo él parloteos de muchachas excitadas. El Invierno contempló con despecho de oso enjaulado a las jóvenes en traje de noche, en traje como de telas de araña para adornar más sabrosamente la semidesnudez. La pared de frente a él vio el Invierno que era una lámina de cristal y que detrás, en la habitación-estufa, las plantas tropicales y los pájaros antillanos se mecían en la delicia de su familiar atmósfera ardiente. Abriáanse las flores, destilando su savia; las aves combinábanse al estilo de las portadas de las revistas de lujo; tórrida la estufa. Rompió el desorden un "jazz" invisible. (Quizá estuviera a seis mil kilómetros de allí.) Cada cual ocupó su sitio. Con Lula y su caballero-escudero se sentó, para hacer contrapunto, un varón proveyecto, algo así como el prototipo del premio Nobel de Física.

—Verdaderamente esto no es invernar—opinó el viejo medallable—, es veranear.

El Invierno golpeaba con furor los cristales, deshechos los ojos en agua.

—¡Estoy vencido también!

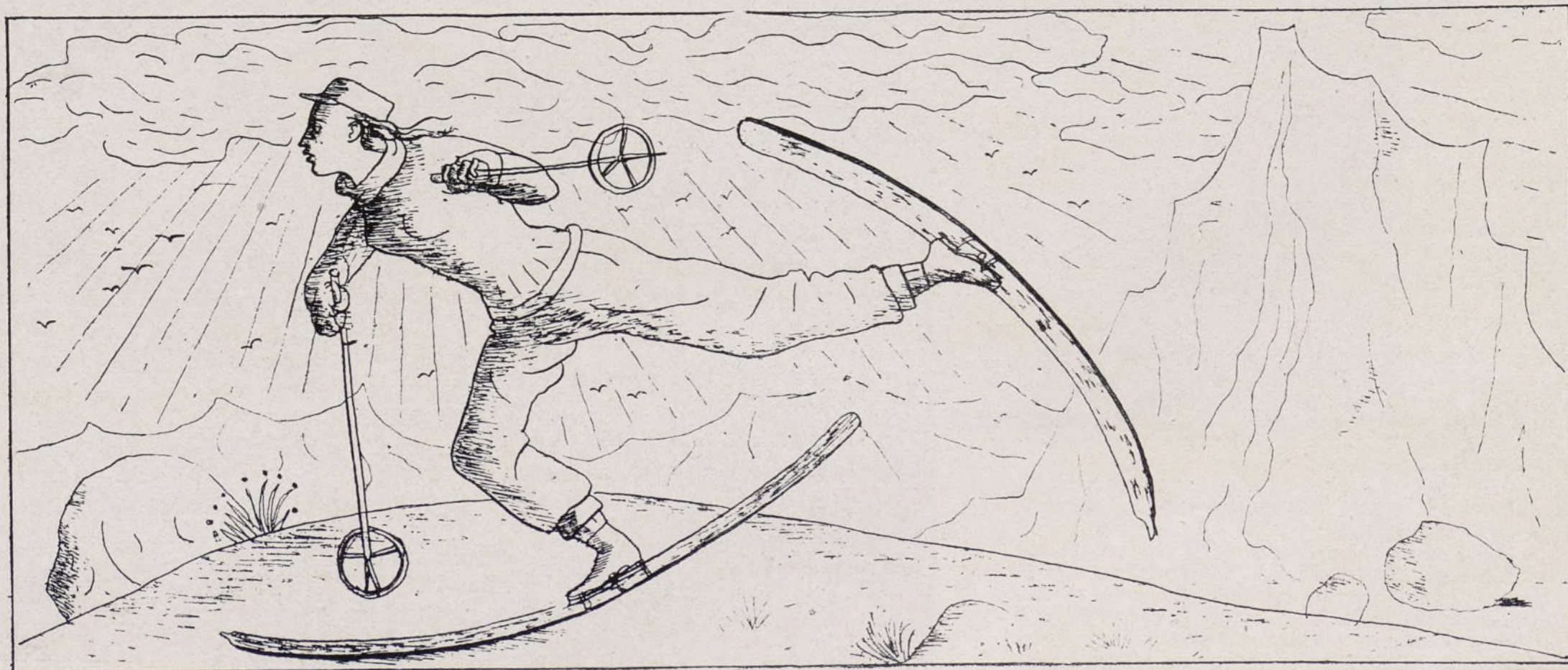
Llorando, diluviando su sentimiento, no sabía apartarse de aquel edificio relumbrante de tanta luz, cuadrilátero de oro en la masa compacta de la noche; de la noche de voz espantable, que le chorreaba, y le envolvía en niebla, y le zuraba con látigos de hielo, mostrándole así la máscara de la muerte y de la cesación en la nada invernal. El Hotel-Club, como un faro, ardía de vida dorada.

—Sí; esto es como veranear—comentó Machín la opinión de aquel caballero mohoso de Academia—. En nuestra época tenemos todo lo que constituye el verano: clima artificial, calefacción hasta en el automóvil, rayos que abarcan entera la gama. Y lo mismo en trenes, tranvías, autobús (yo no digo autobuses)—el respetable se sonrió—y en los aviones... Hasta los que van a la estratosfera llevan su ración de verano y la abren donde ni el mismo Frio podría vivir de frío. En realidad, ésta es la era en que la Naturaleza va siendo uniformada. Estamos en el principio, claro es, pero el año 2.500... La ciencia coge la fuerza de los principios y los aplica a mejorar la existencia. Se llama "lo Artificial" a lo que no es más que corregir y perfeccionar "lo Natural". El "rojo" de los labios de las mujeres. Sí, señorita; sí, señor; estamos domesticando a la Naturaleza. Miren fuera: el Invierno, con sus espantos crueles. Y aquí en pleno estío. ¿No les da a ustedes la sensación de que abrimos latas de verano, como latas de frutas o de carne, y que las estamos devorando a nuestro gusto?

—¡Sí, sí!—se echó a reír Lula, alzando los hombros, un poco puntiagudos por la delgadez—. ¡Es el verano en conserva!

Comía, como aperitivo, una rebanada de melón amarillo, pedacito de agosto y de su luna de siesta.

TOMÁS BORRAS





Esparapájaros

Entre los surcos rojos,
solo,

el esparapájaros,
cara de palo, la chistera
y la levita entre los cardos.

Oh, señorito de la muerte,
entre labriegos,
trasnochador hinchado
borracho de rocío,

tus amigos,
los peles, los locos, los ahorcados.
Piltrafa de hombre,
máscara de trigo,
bailarán con la lluvia.

Amargo

enemigo de alondras
y juerguista enlutado.
¿A qué boda entre muertos
vas invitado?

Crucificado de madera tierna,
ramitas verdes,

en la ropa vieja
de tu costado.
Soltero de madera, hombre sin cara.
Oh—sin ciudad—,

esparapájaros.
En el faldón de tu levita
el gran pañuelo colgado.

Oh, amortajado por la luna,
vizconde muerto de los campos.

AGUSTIN DE FOXA.
Cande de Foxá.

Un pueblecito
aleman



El
famoso

Antiguo chalet del Club Alpino
en Navacerrada

Ayuntamiento de Madrid



VIEJA HOLANDESA

E. MARTINEZ CUBELLS

El chalet de Peñalara
en Guadarrama



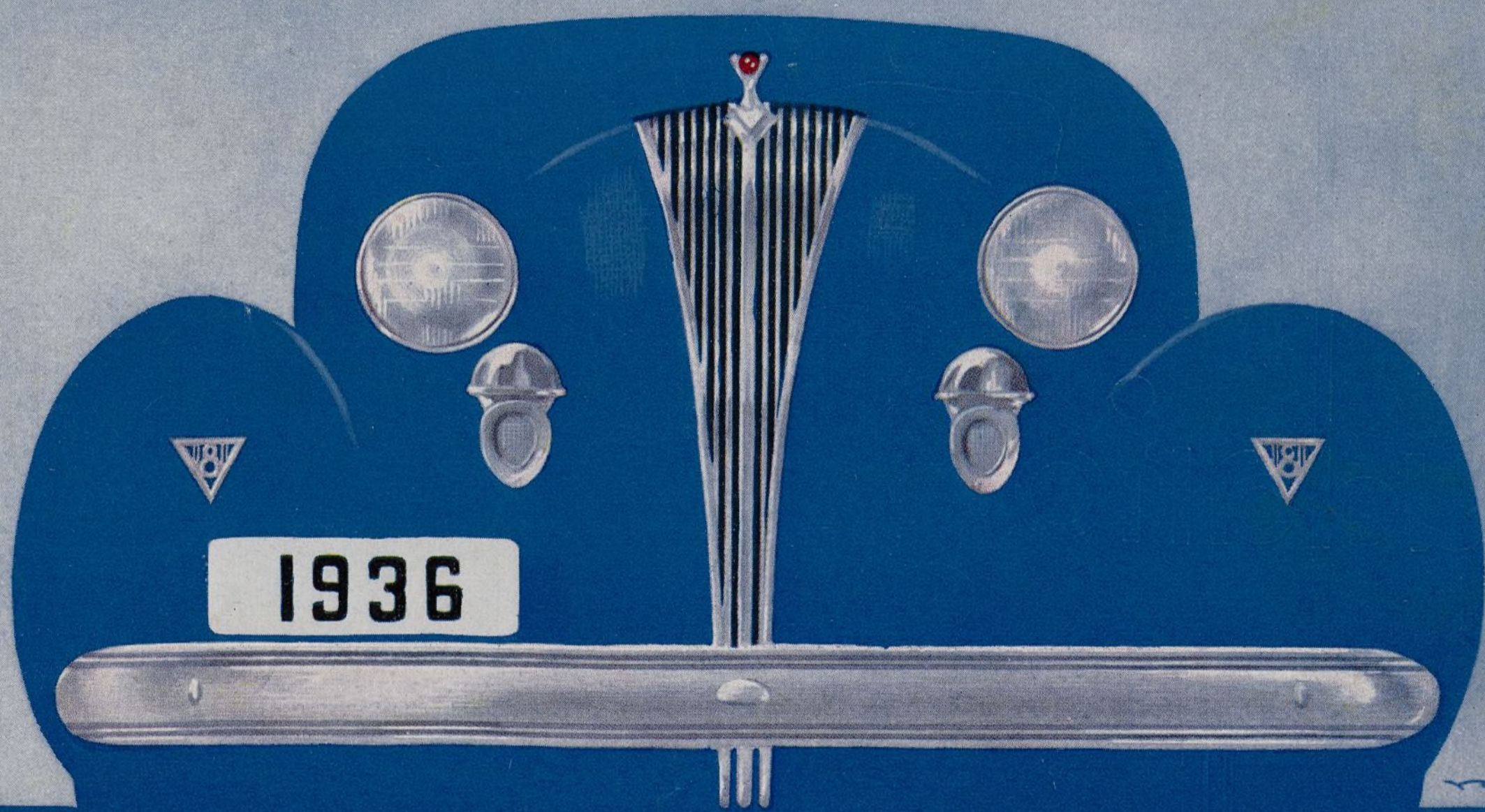
blanco

guadarrama



El parque helado

¡ definitivo símbolo
del siglo XX !



EL NUEVO HUDSON

6 — 8 CILINDROS

Oscar Leblanc

Francisco Giner 35 Madrid

Ayuntamiento de Madrid